mo todos los malos espíritus, al corazon que los habia acogido. Huirán para no volver á aparecer ante el Señor que arroja á los demonios. No lo dudemos, hay hombres dominados del odio que aprenden á sacudirse de esta pasion en la misa de la parroquia. Regularmente sigue á esta misa oida en comun, una comida de familia. En la casa del Dios de amor, es donde mejor se aprende á amar.

Cuando no estamos bajo el techo en que hemos nacido, cuando nos es preciso pagar nuestra deuda de soldados, cuando estamos en el campo; ¿conoceis cosa alguna que haga latir el corazon, que mas eleve el alma, que una misa militar? ¡Ah! el gran sacrificio cristiano es magnífico con todas sus pompas, bajo las bóvedas de nuestras catedrales; pero hay tambien, una mágica é indecible majestad, cuando se eleva el altar del Dios de los ejércitos sobre tambores rodeado de banderas destrozadas por las balas y ennegrecidas con el humo de cien batallas! La voz de los coristas y cantores, son admirables los sonidos del órgano, cuando entre el perfume del incienso se elevan en el santuario hasta el Criador de los mundos.....pero, escuchad los ruidos sublimes de los campos, escuchad los clarines y trompetas que rompen el aire y resuenan á lo lejos.....no llaman á la matanza sino á la adoracion! Los tambores atruenan el campo, no para un rey que pasa; para un Dios, *para Sabaoth*, que desciende al altar; y esos cañones que truenan, saludan á un Dios de paz. Las salvas son para *Aquel*, que ha mandado á los hombres amarse como hermanos.

¡Oh! vosotros los que teneis en vuestras manos el poder, cuan culpables sois, cuando despues de haber reclutado en vuestros campos esa juventud, que era al mismo tiempo nuestra flor y nuestro orgullo; cuan culpables sois, por haberla despojado de sus piadosas costumbres, por haberla desacostumbrado á sus creencias! Entonces, cuando por obedecer á la ley han abandonado la nativa aldea, estos jóvenes han prometido á sus madres, no avergonzarse jamas de su Dios, y cuando vuelven de la BANDERA, ya no lo encuentran. No se los habeis grabado minuciosamente hora por hora del dia; ni les habeis señalado una siquiera para llenar los deberes religiosos. ¿Habeis creido que el HONOR, se sostendría mejor con la incredulidad que con la *fé*? Los llevais á todas partes, les permitis *figurar* en un teatro; pero jamas los conducis á la Iglesia.....y si algunos de estos buenos jóvenes van á ella alguna vez á rogar, jamas ven allí á sus gefes.....Los que llevan la espada de Bayard y de Turena, no guardan la fé de estos héroes.....todos nos acordamos de ese hijo de las cruzadas, de ese valiente oficial que muriendo en uno de los campos de batalla de Africa, pedia en vano una cruz, para enviar en ella su último suspiro á Dios (1).

¡Oh! Lástima da esa sabiduría que quiere que un ejército tenga el sentimiento del honor, y le apaga el de la religion! Nosotros echamos menos las *misas militares;* eran demasiado útiles para los soldados y para las gentes de las poblaciones, que gustaban concurrir allí entre el campesino y el soldado: era un buen lazo para ellos y vosotros lo habeis roto. Y sobre nuestros navíos, los Juan Bart, los Dugnay-Truin, los Suffren, los Tourville, los Vandreuil de otros dias, tenian para ellos y sus valientes marineros de todas clases las tiernas ceremonias y los dulces consuelos del catolicismo. La misa se celebraba al pié del gran mástil, y cuando á la elevacion aparecian la hostia y el cáliz en las manos alzadas sobre la cabeza del sacerdote, toda la tripulacion prosternada, recogida, adoraba en silencio el Dios á quien habia aprendido á amar bajo el nativo techo; aquel cuya poderosa mano habia ahondado el abismo; aquel cuya voluntad eleva y sumerge las olas; aquel que ha sembrado el firmamento de estrellas, que consulta el piloto para orientarse en sus lejanos y peligrosos viajes.

La voz del sacerdote, la vista de la hostia consagrada, el cáliz de oro, el incienso que se eleva como una pequeña nube sobre el altar, las oraciones recitadas, el sonido de la campanilla de plata, agitada por el mozo de cámara que sirve de asistente; todas estas cosas han hablado al corazon de los marineros y les han vuelto lo que la distancia les habia robado.

Ya no son los hombres que viven en el mar entre las alturas de los cielos, y profundidades del Océano los que no saben orar: sino que despues del culto á Dios, los marineros rinden su culto á la *Estrella de los mares*, á esa Vírgen divina, que con una sonrisa, calma las mas violentas tempestades, y aplaca los vientos.... Volvamos, pues, á cada navío su limosnero, su misa de Domingo, y su *Ave Maris stella*.

(1) El general Capaman.

MISA DE HOSPITAL.

Otra misa menos majestuosa que las celebradas en el campo de batalla, y á bordo de un navío, es la *misa de hospital*. Siempre me acordaré haber asistido al santo sacrificio en una sala llena de enfermos y de agonizantes. A derecha é izquierda de esta espaciosa galería, estaban colocados cincuenta lechos, con sus cortinas y cubiertas, que rivalizaban en blancura con la nieve. ¡Ay! Ninguno de estos lechos estaba desocupado. ¡Se empeñaban la enfermedad y la miseria en llenar los lugares que les estaban reservados!

Sobre cada una de esas camas, yacia un sér que sufria, ó un moribundo, que ya llegaba al momento de no sufrir mas; y cuando la campanilla del niño de coro que acompaña al sacerdote que sube al altar, se oyó para anunciar que comenzaba la misa, ví á todos los heridos, enfermos y convalescientes levantarse, mientras podian incorporarse, y llevar á su frente la mano pálida y descarnada para hacer la señal de la Cruz: los menos débiles, se inclinaban adelante, y con las manos juntas miraban al altar. Entre las dos luces que alumbraban éste,

arriba del tabernáculo, donde se conservan las hostias del Viático y los santos oleos para los agonizantes prócsimos á partir para el gran viaje, para el viaje que no tiene regreso, se veia una bella estátua de la Vírgen de los Dolores, sentada al pié de la Cruz, vertiendo lágrimas sobre el cuerpo ensangrentado de su divino Hijo.

Algunos santos, algunos justos que Dios protege especialmente; han visto á veces, asistiendo á la misa, una escolta de ángeles y serafines prosternados ante el altar, adorando el Dios de la Eucaristía. ¡Yo, pecador! nunca he tenido estas visiones; pero en esta misa que nunca se borrará de mi memoria, he visto otros ángeles diversos de los del cielo; he visto, mientras se celebraba el sacrificio, marchar silenciosamente á las hermanas de la caridad, pasando de un lecho á otro, para ver donde llevar sus socorros. La piedad de las hijas de San Vicente de Paul es muy ardiente; viene á ser su pasion dominante la caridad. En esta media hora que duraria la misa, habria quizá sufrimientos mas agudos, pechos mas oprimidos, debilidades mas estremas, agonías mas avanzadas, y últimos suspiros entregados al Dios de los vivos y de los muertos.... Era preciso que las hermanas nada ignorasen de esta triste estadística, para poder decir al sacerdote donde estaban los que *partian*, y donde los que *habian partido*. Despues de esta solemne revista, iban á decir algunas palabras al limosnero, que bajando del altar, se dirigia á los lechos indicados por las vigilantes, y allí, ejerciendo su santo ministerio, daba á uno el pan de los fuertes, á otro la uncion de salud, á éste le cubria el rostro la hermana de la caridad, porque mientras el celebrante habia pedido á Dios misericordia y compasion para aliviar los sufrimientos de todos los que estaban presentes al Divino Sacrificio, este enfermo se habia ido suavemente sin esfuerzo de este mundo de dolores.

Una de las hermanas me contó, que el jóven sacerdote cuya misa acababa de oir, celebrada con tanta devocion, habia tenido hacia poco tiempo una dura prueba, seguida de una gran dicha.

Desde sus primeros años, el digno ministro del *Dios que ha atravesado el mundo haciendo bien*, habia recibido una educacion esmerada. Abandonada su madre de su marido, que se habia hecho marino despues de haber disipado su patrimonio, vivia en la soledad, los pesares y la resignacion, y frecuentemente su hijo, colocándose sobre sus rodillas maternales para orar á Dios y á la Santa Vírgen, habia sentido caer dos lágrimas sobre su frente, y sobre sus pequeñas manos. Samuel no ha sido el solo niño á quien el Señor ha hablado. Cuando en una familia ha cesado el torbellino, cuando ya no hay ruido alguno, tiene la buena suerte de que la voz de lo alto se hace oir.

La piadosa cristiana, que vivia como una viuda, y que estimaba mas confiar sus desgracias á Dios que á sus vecinas, pasaba todos los dias una hora en la Iglesia, y una de las dichas del pequeño Estanislao era ir con ella. Sin poder definir qué atractivo lo llevaba allí, él se sentia mejor que en ninguna otra parte: las luces del dia que le llegaban, á traves de las góticas claraboyas, le agradaban mas que la clara luz del sol; la paz que reinaba bajo las altas bóvedas, llegaba mejor á su alma pensativa, que el bullicio de las calles y las plazas públicas; las piedras de la casa de Dios, impregnadas despues de tantos siglos del humo del incienso, le daban un perfume bendito, que preferia al de las flores. Así es, que para él las cosas esteriores ayudaban al desarrollo de sus sentimientos íntimos. Un año despues de su primera comunion, se distinguia en el Seminario, por su amor al trabajo y por su piedad. Llegado el tiempo prescrito recibió las órdenes. La elevacion de su espíritu lo llevó á la vida contemplativa; pero su caridad hácia los pobres y enfermos le hicieron solicitar el encargo de agregado inferior del Hotel-Dieu, de Paris.

Hacia dos años que veia de cerca el sufrimiento, la miseria, la mala conducta y corrupcion, cuando fué una tarde llamado para un enfermo que acababa de llegar al hospital, golpeado y ensangrentado por una pendencia en una taberna. Este hombre, en medio de una escitacion estrema, no hablaba mas que juramentos, maldiciones y blasfemias. Cuando se le acercó el abate Estanislao, la irritacion redobló su violencia, y fué preciso al jóven sacerdote todo el valor, toda la abnegacion de sí mismo que da el celo apostólico, para atreverse á aprocsimar á este furioso lleno de rabia, y que repetia agitándose y revolcándose sobre la cama: "¡Ah! bribones, malvados. Si no nos hubieran separado, tenia ya su vida en mis manos; me hubiera saciado en su sangre.

—¡Desgraciado! le dijo el ministro del Dios que perdona, renunciad á esos pensamientos de odio y venganza. No os pese no haber arrebatado la vida á vuestro contrario....La vuestra está en peligro....

—No es cierto....callad....me siento bien..... viviré todavía para matarlo....para perseguirlo siempre.... Pero dejadme.. . No quiero gentes de vuestra especie.... Dirigios á otro, á otro que crea en vuestro Dios.

—Hijo mio.... si hubiese aquí otro mas grave.... mas cercano á la muerte que vos, os dejaria para ir á él.....

—Os repito que mentís....no moriré hasta que haya tomado venganza.... Mirad.... ¿es este el puño de un hombre que va á morir? y diciendo estas palabras, asió del brazo al jóven sacerdote, y lo apretó con tanta fuerza, que aquel vió en efecto que la muerte no estaba tan prócsima como habia creido al principio.... Entonces, despues de algunas palabras de perdon, que el herido rechazaba siempre, el abate Estanislao se separó de aquel lecho para dirigirse á otro.

La mañana siguiente, se apresuró á preguntar á la hermana vigilante, cómo estaba el nuevo enfermo: "La noche ha sido horrible; el desgraciado no ha tenido un instante de reposo, ni un momento de silencio; siempre suplicios atroces, siempre blasfemias," respondió el ángel de la caridad.

"Hace media hora que se ha calmado: su furor se ha apaciguado, mientras rezábamos las letanías del Santo nombre de Jesus....

Quiero verle un instante antes de la misa, rogad por él, hermana.

Despues se dirigió de puntillas el abate á arrodillarse junto al lecho donde estaba acostado el estranjero. Este no se movia y sus ojos estaban cerrados. ¡Dios mio! dijo en voz bajo el sacerdote, prolongad esa calma para que pueda yo con vuestra gracia hacer que desciendan á esta alma ideas de arrepentimiento, de misericordia y perdon.

Dichas estas palabras con gran fervor, se levantó el capellan y se dirigia á la sacristía. Habia dado algunos pasos cuando retrocedió al lecho.... Habiendo tomado de su breviario una de las pequeñas imágenes devotas que las almas piadosas colocan en ellos, se fué á colocarla en las cortinas del herido, de modo que pudiese verla al despertar. Representaba esta imágen á San Estanislao de Koska orando ante el altar de la Vírgen. Este recuerdo era muy caro para el abate; como que venia de su madre.

Llegando al altar, el jóven sacerdote no podia desechar el pensamiento del enfermo. Entre esta multitud de séres que sufrian, ¿cuántos no habria allí mas interesantes que aquel? Sin embargo, era aquel solo, aquel que los enfermeros llamaban el bandido, el que lo ocupaba mas, y durante el sacrificio rogó por él mas que por los otros.

Concluida la misa, hacia el capellan su accion de gracias, cuando una hermana, con quien habia hablado en la misma mañana al entrar en la sala, vino á decirle con una espresion de alegría:

—Señor abate, os llama.

—¿Quién?

—El hombre del número 48....el furioso de ayer tarde.

—¿Le han vuelto los furores?

—¡Oh, no! está tranquilo y suave como un cordero. Os llama.

—¡Bendito sea Dios! Apresurémonos pues.

Si hubiese visto alguno aquella escena, habria descubierto dos lágrimas de alegría en los ojos del capellan, y en los de la hija de San Vicente de Paul, porque la caridad tiene mas ternura que todos los amores de la tierra.

Helos aquí á los dos, junto al hombre á quien la cólera habiendo roto los vasos interiores se llenaba el pecho de sangre....Ya no se agita ni se revuelve sobre su lecho....Su vista ya no está inflamada; su boca ya no blasfema....Medio sentado sobre su lecho, tenia los ojos fijos sobre una imágen que tenia en una de sus largas manos; con la otra se limpiaba el sudor frio que caia sobre sus mejillas....Era tal su preocupacion, que ni oyó ni vió al sacerdote, y la hermana de la caridad que llegaban cerca de él....Al cabo de algunos instantes levantó las ojos....con una sonrisa en sus lábios como de roconocimiento, que la víspera no proferian mas que blasfemias y maldiciones, y con una voz dulce preguntó:

—¿Quién ha puesto esta imágen en la cortina?

—Yo respondió el abate.

—¿Me conocia vd.?

—Absolutamente.

—¿Pues, por qué me habeis puesto la imágen de San Estanislao?

—Porque tengo gran confianza en él.

—¡Ah! ¿no habeis tenido otras razones? Es que yo, agregó pasando la mano sobre su frente, es que yo tambien....amaba ese nombre....y lo amo todavía....

A estas palabras, llevó el desconocido la imágen á sus lábios....brotaron las lágrimas de sus ojos....su boca se entreabrió....¡Dios mio! esclamó ¡Dios mio!

Le repitieron las convulsiones de la noche. Menos violentas que las de la víspera, no duraron largo tiempo; pero fueron seguidas de una debilidad grande, porque en su agitacion habia vomitado gran cantidad de sangre.

Luego que se hubo calmado un poco, se puso á hablar....pero como consigo mismo; á veces se abrian sus ojos demasiado, pero tenian la apariencia de no distinguir objeto alguno. "Es estraño, decia, este nombre que ella y yo hemos querido darle....este nombre que yo jamas pronuncio... le encuentro aquí....sobre esta imágen... fijado en mi lecho.....Y despues, cuando este sacerdote ha dado la comunion....he podido mirarlo....he fijado mis ojos sobre los suyos.....se parecen tanto á los que yo he amado....y que tanto he hecho llorar. ¿Por qué se aprocsima él á mí? Ayer renegaba de él....Me causaban horror él y su ropaje negro, y ahora si lo volviese á ver... Se ha efectuado tal cambio en mí durante su misa....si lo volviese á ver ahora....lo bendeciria.

—Heme aquí, heme aquí, gritó el abate Estanislao; héme aquí cerca de vos.. .no sé quién serais; pero jamas por enfermo alguno de los que aquí han llegado he sentido en mi corazon tanta caridad....daria mi vida por salvar vuestra alma.

—¡Oh, mi alma! ¡Si supieras, jóven, cuán manchada está! ¡en cuántas iniquidades está envuelta! No pensariais salvarla.... Dios mismo no podria....

—¡Callad! no blasfemeis. Vuestros pecados os tendrán rojo como la escarlata, pero el Señor os pondrá mas blanco que la nieve. El arrojará vuestras iniquidades lejos de sí, apartará vuestras prevaricaciones, y no las verá.... no verá mas que vuestro arrepentimiento.... En nombre del Salvador no desespereis de la misericordia divina.

Rogando el jóven sacerdote habia caido de rodillas junto al lecho; tenia las manos del estranjero sobre las suyas, y las regaba con sus lágrimas.

Despues de algunos instantes, el desconocido que no retiraba sus manos de las del capellan, y dejaba correr abundantes lágrimas, dijo con una voz reposada: "Mi cabeza está débil.... mis ideas trastornadas; sin embargo, en la oscuridad que me envuelve, creo entrever algo del pasado.... Hará mas de veintitres años, que yo habia abandonado y condenado á las privaciones, á la desgracia, tal vez á la miseria, á mi mujer y á mi hijo....

—¡Qué, gritó el sacerdote levantándose é inclinándose sobre el desconocido, teneis una mujer? ¡un hijo! ¿habeis vivido en Nantes? Una palabra mas.... una sola, os lo ruego.... ¿Vuestro nombre?

—José Le Mellier.

A esta palabra, el abate Estanislao Le Mellier, no pudo permanecer en pié.... estaba en los brazos, sobre el seno de su padre.... Las palpitaciones de sus corazones, las lágrimas de alegría, se confundieron, se mezclaron en una dicha comun.... Y la piadosa hija de San Vicente de Paul, testigo de tanta felicidad, bendecia á Dios desde el fondo de su alma, admirando sus caminos, y cómo habia traido al padre culpable cerca de la ardiente caridad del hijo.

Todos los estravios de la vida de José de Le Mellier, todas las vicisitudes, todos los escesos y remordimientos de semejante existencia, habian gastado su naturaleza de corsario, tan terrible para él como para los demas. La alegría que en aquel instante esperimentaba, y á la cual se abandonaba como á un desconocido encanto, era saludable á su alma, y su hijo sabia aprovecharla: ¿mas no seria para el cuerpo un golpe demasiado violento? He aquí todo lo que se podia pedir.... y era lo que su hijo podia temer. Así, con su celo de apóstol, no dejó mucho tiempo á su padre con la falsa tranquilidad que su reconocimiento habia hecho nacer. Acababa Dios de acercarlo á su padre; debia conducirlo hasta Dios. No faltó á este deber, y cuando habló al pecador arrepentido sobre un confesor, José Le Mellier respondió: "A vos es á quien escojo: quiero sepais todo lo que me ha hecho desgraciado por mi odiosa conducta para con vuestra madre, y cuánto me he maldecido en mis escandalosos estravios, por haber abandonado á mi mujer y mi hijo."

Hay gracias divinas reservadas al sacerdocio; así es que nosotros los del mundo, no podemos tener mas que una idea imperfecta de lo que debe sentir un hijo cuando vé á su padre en el tribunal de la penitencia, arrodillarse ante él, acusándose de todo el mal que ha cometido y confesándo humildemente sus pecados. Suponemos que el orgullo filial debe sufrir entonces; pero tal vez será porque no sentimos los ardores del celo apostólico. David ha dicho, que el *Señor no desprecia un corazon, contrito y humillado* (1). Poseyéndose el sacerdote, de este sentimiento, debe medir su estimacion por el valor y la sinceridad de las confesiones que se le hacen.

Cuando el culpable está en el camino que lo lleva á Dios, es necesario quitar todas las piedras, todas las trabas que pueden embarazar y retardar el paso. Así, el feliz Estanislao, facilitando todo á su padre, supo llegar pronto al grande y decisivo momento. Las contusiones que el herido habia recibido en la cabeza, los dolores que resentia hacian una congestion cerebral: no habia un instante que perder, y en efecto no se perdió.

¡Oh! Luego que la mano del sacerdote, la mano del hijo se estendió sobre la blanca cabeza de Le Mellier; luego que el perdon atraido por su hijo descendió sobre el culpable, ¡cuánta fué la alegría, la indecible, la celeste dicha del padre y del hijo! El perdonado, respiraba con gozo; el peso de sus pecados ya no le oprimia, y el sacerdote que habia quitado el peso y habia arrojado á otra parte las iniquidades del penitente, repetia con trasporte: "Este, que pongo ahora en el camino del cielo, es mi padre. ¡Oh, Señor, seais bendito para siempre!"

La muerte siguió al perdon, y la mañana siguiente al dia en que se habia confesado, recibió Le Mellier, de manos de su hijo, el Santo Viático y la Extrema-Uncion; y como si hubiese conocido que nada tenia ya que hacer acá abajo, repetia en su delirio: *Partamos: ella me ha perdonado; partamos.*

Cuando el alma purificada emprendió su vuelo, cuando despues de haber pagado Estanislao filialmente su deuda á la naturaleza, hubo rogado y llorado sobre su padre, la hermana de la caridad tendió el velo sobre el rostro del muerto, diciendo al sacerdote: "Bendigamos á Dios: el que acaba de partir, os dió una vida corta y desgraciada acá abajo: vos le habeis asegurado en la de lo alto la dicha eterna. En correspondencia él rogará por vos."

(1) Cor contritum et humiliatum Deus non despicies. Salm. Miserere.

MISA DE DIFUNTOS.

La religion, que nos bendice en el bautisterio, nos bendice en el ataud. La tumba es la cuna de la inmortalidad; y es preciso pensar mucho en ella.

Cuando uno ha vivido sesenta años, ¿en cuántas misas de muertos no ha rogado? Envejecerse es ver morir, y ver morir, es una advertencia, es oir una voz que nos grita: "hoy por mí, mañana por tí."

Las misas de muertos, á que nos convidan nuestros amigos, son como manchas negras, como pausas graves en nuestra disipada vida. Jamas se nos muestra mas poderoso el valor de la plegaria y la escelencia de nuestro gran sacrificio, que en un altar enlutado. Junto al sepulcro ha querido hacernos ver la Iglesia que la oracion es mas poderosa que la muerte. Sin duda lo ha conseguido, y despues de diez y ocho siglos, no ecsiste en este mundo de dolores, en este valle de lágrimas, consoladora como ella; con sus plegarias por los que han dejado de ecsistir, ha hecho menos amargo, este duro pero saludable pensamiento de la muerte, que le ha sido preciso darnos frecuentemente para morigerar nuestra vida. "Así ablanda la paloma en su pico el trigo que ofrece á sus pichones (2)."

En las anteriores páginas, hemos intentado des-

(2) Chateaubriand.

cribir la ceremonia y las oraciones. Se suprime parte de estas oraciones, cuando el sacrificio se celebra por los muertos, toda alegría, aun ya que viene de lo alto, seria desagradable junto á un féretro y en medio de una familia agobiada del llanto.

En una misa de *Requiem*, la primera entrada, el diálogo entre el sacerdote y el pueblo, representado por el que responde, es sumamente corto. El cántico de triunfo que entonaron los ángeles sobre el establo de Belen, se omite cuando la Iglesia ruega por los difuntos, parece mas ocupada de su reposo eterno que del pensamiento de glorificar á Dios. En lugar de gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, repite: Dadle, Señor, el reposo eterno, y haced lucir sobre ellos la luz eterna."

En la conmemoracion general de los difuntos, comienza el oficiante por esta oracion:

"Fijad la vista, señor, en nuestra alianza, y no entregueis á las bestias feroces las almas de los que alaban vuestro nombre; no olvideis las almas de vuestros pobres; no las olvideis para siempre."

"¿Por qué nos habeis repelido, Señor? ¿Será para siempre?

"¿Por qué se ha encendido vuestra cólera contra las ovejas de vuestros rebaños?"

Despues en la epístola resuenan las palabras del gran apóstol: "Todos resucitarémos; pero no todos seremos cambiados. Esta resurreccion se verificará en un momento: al sonido brillante de la trompeta final, resucitarán los muertos en un estado incorruptible; y entoncos serémos cambiados; porque es preciso que este cuerpo corruptible sea revestido de incorruptibilidad, y el cuerpo mortal se revista de inmortalidad. Entonces se cumplirá la palabra de la Escritura: La muerte será absorbida por una completa victoria. ¡Oh muerte! ¿Dónde está tu victoria? ¡Oh muerte! ¿Dónde está tu aguijon?

En el gradual: "Sacad mi alma de la prision en que está, á fin de que os bendiga, Señor."

"El alma en el dolor que la oprime, y el espíritu en la inquietud que lo agita, claman por vos."

"Escuchad, Señor, y tened compasion, porque sois un Dios de bondad; tened misericordia de nosotros, porque hemos pecado.... Dios de Israel, escuchad la plegaria de los muertos de Israel."

Despues sigue el gran himno de la muerte, el himno de la cólera, el *Dies irae*, terrible y magnífico recuerdo del juicio final, y de los decretos eternos del soberano Juez.

El evangelio viene en seguida á confirmar todo lo que el inspirado poeta ha cantado.

"En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discípulos: En verdad, en verdad os digo, la hora viene, y ya ha llegado, en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que la escucharen vivirán; porque así como el Padre tiene la vida en sí mismo, tambien ha concedido al Hijo tener la vida en sí mismo, y le ha dado el poder de juzgar, porque es el Hijo del Hombre. No os admireis: porque vendrá tiempo en que todos los que están en el sepulcro, oirán la voz del Hijo de Dios, y los que hubiesen hecho buenas obras se resucitarán á la vida, y los que hayan cometido malas obras resucitarán para su condenacion."

Al ofertorio dice el sacerdote: "Fijaré los ojos sobre el Señor.... Enterneceré á mi Salvador; él escuchará mi voz. Me levantaré despues de haber estado sumido en las tinieblas; el Señor será mi luz."

En la comunion: "El que coma mi carne y beba mi sangre, tendrá la vida eterna, y lo resucitaré en el dia del juicio."

En todas estas citas, tomadas de la misa de muertos (y de un libro en que una muerta muy cara ha rogado por los que ya no viven) veo toda la solicitud de una madre que intenta fortificarnos y alimentarnos con esperanzas celestes, para que nuestro valor no se debilite en este momento supremo. En el tesoro de los libros santos, ha buscado la Iglesia, ha reunido todo lo que revela nuestra inmortalidad; y para que no tengamos pavor cuando avancemos á las regiones de la muerte, ha hecho descender dos luminosas hijas del cielo, la fé, y la esperanza.

En esos aniversarios de familia, establecidos en nuestra vida social, para protestar contra el olvido y hacernos venir á rogar por los que ya ni vemos ni oimos, y que hacia muy poco tiempo tenian lugar entre nosotros; ¿quién en esas misas negras que mandamos decir, no siente dulcificarse la amargura de sus recuerdos, oyendo al sacerdote leer el evangelio en que se cuenta la resurreccion de Lázaro; sobre todo, cuando oimos en el altar enlutado estas palabras: *ego sum resurrectio et vita.* "Yo soy la resurreccion y la vida: el que crea en mí, cuando muera vivirá."

Con toda sinceridad, con toda verdad, declaro creer firmemente que no he conocido, que no hay, que no habrá jamas, una frase tan mas llena de consuelo que aquella. Cada sílaba, cada palabra está impregnada toda de esa gracia divina, que aleja las tristezas del alma, y embota las tiros de la muerte. La porcion de tierra que cae sobre el ataud, el mármol, que cubre el cadáver, los gusanos, la corrupcion que vienen á pesar de todos nuestros esfuerzos, á pesar de las cajas de box, de encina y plomo, á devorar lo poco que nos queda de nuestros prójimos y amigos; todas estas cosas que destrozarian el corazon, pierden su horror con estas palabras: *Yo soy la resurreccion y la vida.*

MISA DE MATRIMONIO.

Hasta ahora he vagado en las regiones fúnebres. por junto á los ataudes y entre las tumbas; las palabras que acaban de salir de mi pluma, han sido cadáveres, gusanos y corrupcion. Hace un instante, los tañidos lúgubres de un doble mortuorio, herian mis oidos, y entristecieron mi espíritu.... Ahora, escuchad.....Son los repiques mas alegres, los que salen del campanario rústico para alegrar las campiñas. Sobre los sinuosos caminos, bordados de espinos en flor, todos los fieles que veis

aproximarse á la iglesia, van adornados con sus mas bellos trages; sus rostros están risueños; el contento los anima: van á una *misa de esponsales.*

En nuestros campos, los esponsales se celebran con su antigua poesía. En una bella mañana de Estío, uno ó dos músicos del lugar, sucesores de nuestros antiguos *trovadores ambulantes*, van á la cabeza del cortejo de los esposos. Hombres y mujeres, jóvenes y niñas, llevan cintas blancas y rosadas, color de *inocencia* y *amor*. Los que tocan los violines, no son de ayer, han hecho danzar á generaciones que duermen en la tumba.

Entretanto; está adornado el altar del lugar de ramilletes y cirios, y el párroco, que conoce á sus feligreses, como un padre á sus hijos, no tiene necesidad de preparar el discurso que ha de dirigir á los futuros esposos: no tendrá necesidad de hacer la apología de las dos familias que van á enlazarse: pero como á hijos de la alquería y del arado, les hablará de honestidad, de probidad, de la piedad hereditarias en sus ramas, y les ordenará marchar por el mismo sendero de sus abuelos.

El ministro de la nueva ley traerá á su memoria los poéticos dias de la antigua, evocará los recuerdos de los patriarcas, primeros de la propiedad. Hará venir á la memoria de los cultivadores que le escuchan los recuerdos de las hijas de Jetró; los segadores de Booz, y los *esponsales* de Jacob y Raquel.

Al introito de la misa de matrimonio, dice el sacerdote: "¡El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, sea con vosotros! ¡os una él mismo y eche sobre vosotros su bendicion!

"Dichosos los que temen al Señor, y siguen los mandamientos de su ley"

A la epístola, la voz de San Pablo, los preceptos de este gran apóstol, son los que el pastor hace escuchar á los esposos que se unen, y deben amarse toda la vida, como Jesus ama á su Iglesia.

En el evangelio, escuchamos al mismo Salvador, proclamar que *el hombre no debe ni puede separar jamas lo que Dios ha unido.*

Suspendo aquí las citas llenas de encantos y poesia antigua, que podia tomar de la parte del ritual consagrada á la union del hombre y la mujer; no puedo olvidar que el matrimonio es un SACRAMENTO, y mas adelante debo describir el ceremonial cuando llegue al término de mi obra.

MISA DE PRIMERA COMUNION.

CUANDO volvemos nuestra vista atras, y echamos una ojeada á nuestros dias pasados, encontramos uno que no se confunde con los otros, que queda fuera de la línea y permanece radiante en medio de los de nuestra infancia: el de NUESTRA PRIMERA COMUNION!

Bien podemos envejecer; aquel suceso no se pierde en el estruendo de lo pasado, en las nubes que se estienden sobre nuestra memoria. ¿Y quién, ha marcado así este dia, para que pueda durar siempre, á pesar del influjo del tiempo? Es la bondad del *Dios que ha alegrado nuestra juventud:* no ha querido que este dia de fé y de oracion, de pureza y de inocencia, en que hemos sido por primera vez admitidos al banquete celeste, pueda irse de nuestra mente y de nuestro corazon. En la vida de acá abajo, la dicha perfecta es tan rara, que es bueno y saludable acordarse del dia que nos ha dado una felicidad sin nubes, y radiante de inefables alegrías del cielo.

Al meditar sobre este dia, ¡tan lejano de nosotros, hemos adquirido la conviccion de que esta dicha no reconoce otras fuentes, que *Dios y una conciencia pura*, queremos volvernos á uno y á otra. Para volver al Soberano Señor de todas las cosas, y á la pureza de corazon, nunca es demasiado temprano ni demasiado tarde. Para hacer bien nuestra primera comunion, teniamos nuestra nativa inocencia... inocencia que el mundo verá muy pronto manchada en su blanca túnica.... empero, hay para los pecadores una segunda inocencia; la del arrepentimiento. El recuerdo de nuestra primera comunion, puede darnos esta inocencia.

Despues de su pecado, Adan, lanzado del Paraiso terrestre, no podia volver á entrar en él. Un serafin armado de una espada de fuego estaba situado en la frontera del Eden, para cerrar el camino al hombre caido. Nosotros somos tratados con mas misericordia que nuestro primer padre. Nos es permitido volver á *nuestra jornada del Paraiso*, puesto que, con las lágrimas de la contricion y la Sangre del Cordero, podemos volver á nuestra manchada ropa su primera blancura.

Evoquemos nuestros recuerdos de la infancia; trasportémonos á aquellos años de transicion donde acaba la primera edad, comienza la segunda, y el espíritu del adolescente se abre á la razon, y percibe la diferencia que existe entre el bien y el mal.... Solemne momento de la vida, casi siempre decisivo del resto de nuestros dias.

Cerca de los doce años, es admitido el cristiano al banquete eucarístico. Para esto, el pastor que lo ha instruido en la religion, debe esperar á que el niño tenga el conocimiento necesario, bastante discernimiento para concebir la grandeza del misterio, y estimar el divino alimento que va á recibir.

En general por la Primavera, cerca de las fiestas de pascuas, es cuando celebran en todas las parroquias las primeras comuniones. "Despues de haber llorado la muerte del Redentor del mundo, con las montañas de Sion; despues de haber recordado las tinieblas que cubrieron la tierra, el mundo cristiano sale del dolor. Como la naturaleza ha tomado su verdura y sus flores, la Iglesia toma sus bellos ornamentos. Las campanas se reaniman, se quitan los velos á los santos, el grito de alegría, la antigua *aleluya* de Abraham y de Jacob, hace retumbar la cúpula de los templos. Jóvenes vestidas de blanco, niños que han adornado sus madres, marchan en dos largas filas con gran recogimiento. De cuando en cuando, es interrumpido el silencio por el canto de los cánticos. Los padres, mudos de